

La Unión Vascongada

DIARIO MONÁRQUICO

Año III.

Servicio telegráfico,
postal
y telefónico.
Información general
y regional.

Redacción y Administración: 31 de Agosto, 29, principal.

TELÉFONO 162

San Sebastián.—Lunes 20 de Noviembre de 1893.

Revistas extranjeras
literarias,
artísticas, industriales
financieras interesantes
y de salones

Núm. 799

De venta en Madrid: calle de Carretas, esquina á la de San Ricardo, puesto de periódicos

ELECCIONES MUNICIPALES

ESCRUTINIO

Resulta del verificado ayer, que han obtenido votos los candidatos en la forma siguiente:

CASA CONSISTORIAL	SECCIONES			Total.
	1.ª	2.ª	3.ª	
Joaquín Lizasoain...	100	107	90	297
Luis María Echeverría...	96	102	87	285
Santiago Azaldegui...	50	14	18	77
Fermín Elorrio y Elorrio...	83	44	30	107
José Ugarte y Zabala...	36	46	33	115
TEATRO	4.ª	5.ª	Total.	
Pedro Aguiñana y Aguirre...	74	123	197	
Pedro Juan Alzaga y Bengochea...	55	90	145	
Cristóbal Carrasco y Gómez...	43	52	95	
INSTITUTO	6.ª	7.ª	8.ª	Total.
Sabino Ucelayeta y Mendizábal...	83	115	66	264
Faustino Jornet y Moisi...	78	117	60	255
Juan Goiburú y Juaristi...	74	68	43	185
José M.ª García Álvarez...	59	50	37	146
MERCADO DEL ENSANCHE	9.ª	10.ª	11.ª	Total.
Miguel Irastorza y Casares...	92	95	109	296
Faustino Eguía y Elizarán...	100	99	113	312
Modesto Aguirrezabala y Pagola...	109	86	110	305
Leopoldo Donceloux Saenz de Santa María...	97	78	103	278
ATOCHA	12.ª	13.ª	Total.	
Luis Calisalvo y Echeandía...	2	123	125	
Benito Olasagasti é Irigoyen...	142	27	169	
Miguel Comin é Ibáñez...	34	1	35	
ANTIGUO	14.ª	15.ª	16.ª	Total.
Mannel Mercader y Vidaurre...	99	77	151	327

RESUMEN

Según los datos arrojados por el anterior escrutinio, resultan proclamados los candidatos siguientes:

DE LA CANDIDATURA VASCONGADA:

Joaquín Lizasoain y Minondo. Miguel Irastorza y Casares.
Luis María Echeverría y Besga. Faustino Eguía y Elizarán.
Pedro Aguiñana y Aguirre. Luis Calisalvo y Echeandía.
Juan Pedro Alzaga. Benito Olasagasti é Irigoyen.
Sabino Ucelayeta y Mendizábal. Manuel Mercader y Vidaurre.
Francisco Jornet y Moisi.

DE LA UNIÓN REPUBLICANA:

José Ugarte y Zabala.—Juan Goiburú y Juaristi.—Modesto Aguirrezabala.

LAS ELECCIONES

Como puede verse por el estado anterior, el resultado de la elección de ayer en San Sebastián, ha sido un verdadero triunfo para la candidatura vascongada.

Lo habíamos predicho, porque conocíamos bien el estado de la opinión pública, y de acuerdo con ella habíamos presentado y recomendado aquella candidatura.

Nuestros candidatos han conseguido un hermoso triunfo en todos los colegios, en todos, y aún salió unido al de ellos el nombre respetable y muy simpático en esta ciudad de D. Juan Pedro Alzaga, persona dignísima, con cuya amistad nos honramos.

La lucha electoral de ayer tiene una significación muy grande, por sus resultados. Habíamos dicho que nuestra candidatura, no era una candidatura política, era una candidatura eminentemente vascongada; que nuestros candidatos, dejando á un lado todo interés de partido, sólo aspiraban á llevar ideas de administración, de orden y de moralidad, para los intereses del país al municipio, y el escrutinio da plena razón á nuestras afirmaciones.

La candidatura vascongada se ha presentado con el nombre del señor Alzaga, vascongado de corazón, y de la candidatura adversa tan sólo han prosiguido aquellos nombres que son simpáticos al país, nombres vascongados como los de los señores Ugarte, Aguirrezabala y Goiburú.

¿No es este un hecho muy significativo y de gran trascendencia? ¿No significa

esto que el movimiento de la opinión se inclina más cada vez en el sentido que durante tanto tiempo venimos señalando?

No es momento el presente sino para indicar de somero modo este dato importantísimo; pero levantamos acta de un hecho tan elocuente, para en su día sacar de él todas las consecuencias que se deducen.

Los republicanos han obtenido tres lugares, de los siete que aspiraban representar en las minorías. Tienen por tanto representación en el municipio.

Otros elementos monárquicos se han retirado: anunciándose aunque no públicamente, que vendrían á la lucha, y hasta sonaron nombres, vascongados la generalidad, respetables todos, y que con gusto hubiéramos visto figurar en candidatura. Dificultades, que no conocemos, ni podemos por tanto señalar, impidieron que con ellos se llenara el lugar que á las minorías estaba asignado. No se podrá decir que por nuestra parte hubiera obtáculo alguno, puesto que hemos dejado expedito los lugares que según ley y sistema corresponde á las minorías. Hemos sido exageradamente respetuosos en este punto y no nos pesa. Pero no dejaremos de deplorar el concurso de aquellas personas que, como nosotros, antepusieron á todo interés de partido el interés del pueblo.

El cuerpo electoral de San Sebastián ha dado ayer una muestra muy viril y hermosa de su independencia y su respeto á la ley.

Ni un solo incidente ha turbado la magestad de la elección, ni un disturbio ha seguido á ella. Así obran los pueblos hondamente penetrados de la plenitud de su derecho, los pueblos verdaderamente libres.

El día fué tempestuoso, desapacible, y sin embargo la votación ha sido numerosa, y han tomado parte todas las clases de la sociedad.

En nombre de nuestros candidatos y en nombre de LA UNIÓN VASCONGADA damos las gracias á los electores que les han favorecido con sus sufragios; y damos al pueblo de San Sebastián la enhorabuena por haber elegido una representación digna de él, que sabrá cumplir con los graves y complicadísimos deberes á que su elección les obliga.

¡Al tiempo!

LA GUERRA DE AFRICA

Recuerdos de 1860.

LA BATALLA DE TETUAN.

Del campamento enemigo, á 4 de Febrero de 1860.

«Tú, nefanda Libia, en cuya seca arena cayó vencido el reino lusitano y se acabó su gloriosa historia no estás alegre y de infamia y llena porque tu sangrosa y fúera mano alcanzó tal victoria. Alcanzó de memoria: que si el justo dolor mueve á venganza, alguna vez el español coraje desafiada con aguda lanza compensaría muriendo el hecho ultraje y luego amedrentado al mar inmenso pagará de africana sangre el censo.»

Herrera.

¡Victorial! ¡Victorial! ¡Dios ha combatido con nosotros! ¡Tetuán será nuestro dentro de algunas horas! ¡Echad las campanas á vuelo! ¡Vestíos de gala! ¡Corred á los templos y alzad himnos de gratitud al Dios de las misericordias! ¡Regocijaos españoles! ¡Pasad en triunfo, por ciudades y aldeas, por campos y montañas, el pabellón morado de Castilla! ¡Empavesad los barcos! ¡Prended de los balcones vistosas colgaduras! ¡Recorred las calles con músicas y danzas! ¡Visitad los sepulcros de nuestros mayores! ¡Despertad de su sueño eterno á los once Alfonso, y los Sanchos y Fernandos, á Isabel la Católica y á Cisneros, á Cid y á D. Juan de Austria! ¡Encomendad al padre Tajo que lleve la fausta nueva á nuestro hermano el Portugal! ¡Repique gozosamente la campana de la Velá! ¡Cubrid de negros paños el alcázar de Sevilla y la Alhambra! ¡Sembrad de flores las llanuras del Salado, de las Navas y Clavijol! ¡Resuenen desde Irún á Trafalgar y desde Reus á Finisterre salvas y aplausos, vítores y serenatas! ¡canten los poetas! ¡Entonen un Te Deum los sacerdotes! ¡Emjungen su llanto las madres, las huérfanas y las viudas que han perdido en esta guerra las más queridas prendas de su alma y sea la tierra leve y gloriosa la resurrección, á los inclitos héroes que han muerto á nuestro lado!

Un silencio imponente y majestuoso reinaba en las filas, interrumpido tan sólo por el acompasado andar de las masas sobre la hierba y por el áspero crujir de las ruedas de los cañones.

A eso de las diez se saludaron al fin los dos ejércitos. Una de las lanchas cañoneras que subía por el Martín, protegiendo nuestro flanco izquierdo contra el daño que á mansalva hubiera podido hacérsenos desde el lado allá del río, avistó algunos moros, que venían por aquel lado y les hizo fuego. Este primer cañoneo bastó para alejarlos; pero como si aquella hubiese sido una señal aguardada con impaciencia, á nuestro disparo respondieron inmediatamente los cañones de las trincheras moras y dióse por principiada la batalla.

Los gruesos proyectiles que nos lanzaba el enemigo, alcanzaban á nuestros batallones, si bien no los causaban gran daño. Los artilleros marroquíes tiraban por elevación y las balas caían en los claros de nuestras filas. Seguimos, pues caminando, sin atención á aquel mal dirigido fuego, ni contestarle por entonces.

Así llegamos á situarnos á unos 1.700 metros de las baterías contrarias. Su cañoneo era cada vez más vivo; la Torre de Jeleli había unido sus disparos á los de la llanura; los globos de plomo pasaban zumbando sobre nuestra frente, como aerolitos atraídos por la tierra, las columnas de aire que conmovían, azotaban á veces nuestro rostro y el golpe brusco y ahogado que daban al sepultarse en el suelo se parecía al último reso-

plido del toro cuando fenece ó de la locomotora cuando se para.

Llegamos, en fin, á encontrarnos á un kilómetro de las baterías enemigas y sólo entonces se mandó hacer alto á nuestras masas y avanzar á la artillería de reserva. Dieciséis cañones ocuparon instantáneamente la vanguardia y rompieron vivísimo fuego contra la posición enemiga. Densa cortina de humo nos robó un instante la vista del campamento moro; largo trueno ensordeció el espacio y la salvaje soledad de los montes circunvecinos se estremeció hondamente con el fragor de la descomunal batalla...

Magnífica, soberbia sinfonia; digno prólogo de la espantosa tragedia que se preparaba!

Ya en adelante la ruidosa tempestad fué rápido *crescendo*. A la artillería de reserva que empezó á ganar terreno, marchando por baterías, unió pronto sus bárbaros estampidos la artillería rayada de á cuatro, de la que un regimiento entero salió á galope por nuestra izquierda, principiando á batir el flanco derecho de los atrincheramientos marroquíes.

Alojó en su consecuencia un poco el fuego de las piezas enemigas. El nuestro en cambio se duplicó en breves instantes. Dos nuevos regimientos de artillería entraron juntos en fuego, vomitando granadas encendidas, mientras que dos baterías más, del segundo regimiento montado, cañoneaban el extremo Norte del campamento moro y rechazaban las fuerzas de infantería y caballería que bajaban á apoyar á los seis mil jinetes agrupados en torno de las posiciones del general Ríos.

Aun no se había disparado un tiro de fusil ó de espingarda. Sólo el cañón tronaba rídicamente en la llanura. Así llegamos á unos 600 metros de las fortificaciones enemigas.

De pronto elevase una anchísima, densa y aplomada columna de humo, que arrancando de entre las tiendas islámicas, subía á nublar el infinito cielo; y un estruendo nunca oído, superior al estampido de mil truenos, resuena al mismo tiempo en aquel lugar, haciendo estremecer hasta el inmundo suelo que pisamos... ¡Oh ventura! ¡Es que una granada nuestra ha caído en un repuesto de pólvora y lo ha volado! ¡Qué regocijo en nuestras filas! ¡Cómo se adivinan los estragos que habrá producido esta catástrofe en el ejército enemigo!

Y nuestra artillería avanza siempre, corriendo y disparando, estrechando cada vez más en un círculo de bronce el codiciado campamento...

Las baterías de á caballo se batían en guerrilla... Hay una, la del capitán Alcalá que gallardea vistosamente delante de los cañones marroquíes... En pos de ellas, avanzan los restantes con pasmosa serenidad. Y por los claros de las piezas, adelántanse también los batallones, *paso á paso* porque así lo mandan los jefes; pero agitados, impacientes, fogosos, enardecidos hasta el frenesí por el olor de la pólvora, por el estallido de los cañones, por la proximidad de la presa...

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—parece que dicen nuestros soldados, nuestros bizarrísimos infantes, requiriendo sus bayonetas...

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—parece que preguntan Ros de Olano y Prim, refrenando sus impacientes bridas á la cabeza de las ordenadas tropas...

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—exclama todo el mundo viendo caer deshechos á algunos de nuestros soldados bajo las poderosas balas de los cañones enemigos...

—¡Ahora! ¡Yá! ¡Viva la Reina! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!—grita de pronto el general O'Donnell cuando calcula que nuestra infantería, puede llegar de un solo aliento, de una sola carrera, á las trincheras moras y saltarla y penetrar en los campamentos...

—¡A la bayoneta! ¡A ellos! contestan veinte mil voces.

Y todas las músicas, las cornetas, todos los tambores repiten la señal de ataque y los treinta y dos batallones, y la caballería, y el cuartel general, y la artillería, y los ingenieros ¡todos en fin! acometen furiosamente á las posiciones

enemigas como impulsados por un solo y mágico resorte, como un pántano que rompe su dique como la mar, cuando la lanza sobre la playa un terremoto.

¡Oh momento! Yo no se describirlo! Su mero recuerdo inflama mis sentidos y agolpa á mis ojos lágrimas de entusiasmo.

Corriendo como íbamos entre músicas y aclamaciones, entre vivas y jubilosas fiestas, mil y mil tiros nos recibían á boca de jarro.

Treinta mil enemigos guarnecían las dilatadas trincheras; treinta mil espingardas nos apuntaban al corazón...

Y como caían nuestros jefes, nuestros oficiales, nuestros soldados! Cuántos, cuántos, Dios mío! Fueron treinta minutos de lucha; treinta solamente... y ¡más de mil españoles se bañaban ya! en su sangre generosa!

Pero ¿qué importaba? ¿Ni quien reparó en ello? ¿Qué importaba, si nuestras tropas habían acometido de frente y de flanco, escalado el muro de tierra con manos y pies, derribado á las numerosas huestes que le guardaban, tomando los cañones á la bayoneta (después de recibir sus últimos y mortíferos disparos á quemarropa) invadido el campamento como una inundación, luchando cuerpo á cuerpo fuera y dentro de las tiendas, sembrado de muertos su triunfal camino y puesto en vergonzosa fuga al ejército mahometano.

¡Adelante! ¡Adelante! ¡Viva la Reina! gritaba el general O'Donnell saltando la trinchera, metiendo su caballo en más recio de la lid y penetrando de los primeros en el campamento enemigo.

¡Soldados! ¡Viva España! exclamaba otras veces dirigiéndose á los que luchaban y á los que morían.

¡Viva la infantería española!—añadía por último volviéndose hacia el cuartel general, también entusiasmado al ver la violencia irresistible de nuestros batallones.

Y la voz, el gesto, la actitud del noble capitán nos arrebataban á todos; nos subyugaban materialmente; nos hubieran hecho despreciar mil vidas que hubiéramos.

¡Viva O'Donnell! gritaban generales y soldados.

¡Viva la Reina! gritaba el general en jefe.

¡Viva el Duque de Tetuán! se oyó por primera vez en las filas de no sé qué regimiento.

¡Viva el duque de Tetuán!—repetieron mil y mil voces, saludando espontánea y cariñosamente al antiguo vencedor de Lucena, al actual vencedor del moro.

Y los acordes de la Marcha real, confundidos con el toque de ataque que resonaba en una extensión de legua y media solemnizaban aquella augusta aclamación; la más verdadera, la más legítima y soberana de cuantas ha presenciado en toda mi vida.

¡Ah! ¡Qué glorioso botín! ¡El ejército marroquí ha dejado de merecer este nombre! Ochocientas tiendas de campaña de gran tamaño, muchas con adornos de colores, y entre ellas las de los dos príncipes y las de todos los jefes están en nuestro poder. En las de los Muleyes había ricas alfombras, blandos divanes, lujosos muebles y vajillas de mucho precio. Algunas se hallaban atestadas de víveres; las había llenas completamente de baranjas, de harina, de cebada, de galleta, de dátiles y de maíz; en otras encontramos grandes provisiones de pólvora, de balas y de metralla; en todas había mantas, esteras, jaques, arneses, espingardas, gomas, pistolas, puñales, jarrones, morteros de piedra, mil y mil objetos de que se ha incantado al paso nuestra tropa, como señora y dueña por derecho de conquista, de lo que ha ganado en buena lid.

Son las diez de la noche y los cañones de Tetuán siguen haciendo fuego.

¡El cañón ha dejado de sonar! Son las once y hace más de un cuarto de hora que no dispara.

Es cosa hecha: el tirán ha muerto... Tetuán se rinde...

También se ve gente en la muralla de